

LA VOZ QUE FINGE OTRAS

Sergio Villanueva

Mattatore: *Del español "matador". En italiano, en primera opción se refiere a matarife, pero en sentido figurado designa a la persona capaz de imponerse en cualquier situación y, en la jerga teatral, se aplica al actor que consigue atraer toda la atención del público.*

Personajes:

DOCTOR

VITTORIO

Roma, la tarde de un martes de diciembre de 1981

Sobre el oscuro escuchamos cómo repiquetea suavemente un insulso reloj de péndulo. Se ilumina la escena. Vemos un sillón, presumiblemente cómodo, dispuesto en dirección hacia un diván de cuero negro. Un pequeño almohadón en el diván. Junto al sillón, en el lateral derecho, una mesilla auxiliar. Entre el sillón y el diván una mesa baja de centro, de madera de nogal, con una bandeja plateada que soporta una jarra de cristal con agua, y unos vasos también de cristal. Junto a la bandeja, una caja también plateada, muy pulcra, a juego, dejando sobresalir por la parte superior lo que parece ser un pañuelo de papel. Algo más apartado, un espejo de medio cuerpo.

Al cabo de unos instantes aparece un hombre de unos sesenta años acercándose al sillón. Viste un traje cruzado gris oscuro. Se detiene. No se sienta. Apoya su mano en él. Queda contemplando a través de sus anchas gafas el diván. Gira un poco el sillón como corrigiendo la posición en dirección al diván. Mira la mesa. Corrige levemente la disposición de la jarra. Se reincorpora. Consulta su reloj. Se dirige al espejo. Chequea el nudo de su corbata con tonos rojizos y la simetría del cuello de su camisa celeste. Su corbata está sujeta a la camisa con un alfiler dorado. Suena súbitamente el timbre de la puerta. El hombre se acerca a la parte izquierda de la sala.

Entra como un torbellino, otro hombre de la misma edad, más alto, mucho más enérgico, de rostro enjuto y moreno, y nariz aguileña. Lleva el pelo corto y la barba bien tratada, con un tono gris de leyenda.

VITTORIO: ¡Lo sé, lo sé, llego tarde, llego tarde! ¡Pero qué quiere que le diga!

DOCTOR: No pasa nada.

VITTORIO: ¿No pasa nada? ¡Al contrario! ¡Ah, Doctor, Doctor! ¡Cada vez está más difícil aparcar por aquí! ¡Madre mía! Pero ¿usted como puede...? (*cayendo de repente y por tanto impidiendo que conteste*); No, no me lo diga, claro, que vive aquí mismo donde trabaja y por eso... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Se ha puesto corbata con colores vivos! ¡Por fin! ¡Muy bien, Doctor, muy bien, muy elegante! ¡Bravo, bravísimo! ¡Sí señor, me ha hecho usted caso!... ¿eh?, ¿eh?...

DOCTOR: Le noto hoy contento.

VITTORIO: ¿Sabe qué le digo?... ¡El próximo Alfa Romeo...!

DOCTOR: ¿Qué?

VITTORIO: ¿Cómo dice?

DOCTOR: No, yo...

VITTORIO: ¡El próximo Alfa Romeo que compre será uno pequeño! ¡No un Alfetta, no! ¡Un Alfasud y contento, ya está! ¿Qué le parece?

DOCTOR: No sé, bien, supongo...

VITTORIO: ¡Tanto coche para qué!... Digo yo ¿No?

DOCTOR: ¿Para qué?

VITTORIO: ¿Usted que opina?

DOCTOR: ¿Yo?

VITTORIO: Porque algo opinará.

DOCTOR: Bueno...

VITTORIO: ¿Decía algo doctor?...*(tampoco en esta ocasión le deja contestar, en el rostro del DOCTOR leemos que no es la primera vez que le sucede esto)* Porque digo yo, para qué quiere uno un coche grande, ¿eh?, un coche familiar, ¿eh, doctor?, si tiene a toda la familia, cómo diría, ya sabe usted, por aquí y por allá ¡Toda disgregada!

DOCTOR y VITTORIO: ¡Toda divorciada!

VITTORIO: ¡Toda a tomar por culo –y con perdón-! ¡No como usted que en cambio sí que...! Me repito, ¿verdad?

El DOCTOR le anima a que baje la voz con un gesto.

VITTORIO: Ah, sí, perdone, es que ya sabe que cuando encabalgo frases me crezco. Son los puntos de inflexión que...

DOCTOR: Tiene a sus hijos pequeños, y en un coche tamaño berlina se puede organizar un poco mejor.

VITTORIO: Yo con mis hijos no podría organizarme ni en un autobús con solo cuatro asientos. Permítame beber un poco de agua.

DOCTOR: Por supuesto.

VITTORIO: *(sirviéndose un vaso de agua, bebe el vaso de un trago)* ¡Ah, que rica el agua! Además no cree usted que para ir por Roma igual lo que tendríamos que hacer es ir caminando, caminando y punto. *(sirviéndose otro vaso de agua que vuelve a beber el de un trago)* ¡Ah, qué rica! ¡Qué poco se camina ahora, Doctor! ¿Usted camina?

DOCTOR: ¿Yo?

VITTORIO: ¡Le pillé! ¡A que no camina mucho!

DOCTOR: Hombre...

VITTORIO: ... ¡A que no camina mucho!...

DOCTOR: ... con mi mujer, el fin de semana.

VITTORIO: ¡Le he pillado! ¡A usted también le pasa! ¡Pero tranquilo, no se sienta culpable, que nos está pasando a todos! ¡A todos! ¡Es un virus, Doctor! ¡Muy contagioso! ¡Ese es el auténtico mal de nuestro siglo! ¡Por eso se nos está todo yendo a la mierda!

DOCTOR: Baje un poco la voz...

VITTORIO: ¡Tendríamos que regresar a esos tiempos del paseo, del caminar sin prisas, ya me entiende!

DOCTOR: Tiene usted razón.

VITTORIO: ¡Por supuesto que la tengo! ¡Qué bien le queda la corbata! ¡Bravo Doctor! ¿Sabe una cosa? ¡Vamos a caminar! ¡Sí señor! ¡Usted y yo, vamos a caminar!

DOCTOR: (*Sentándose en su sillón*) Me parece bien.

VITTORIO: ¡Pero ahora! ¡No, no, levántese! (*le levanta del sillón*) ¡Me refiero a caminar ahora!

DOCTOR: Tenemos sesión, no deberíamos...

VITTORIO: ¡Aquí mismo!

DOCTOR: ¿Cómo?

VITTORIO: ¡Aquí y ahora, y con dos cojones! ¡Camine conmigo, Doctor! ¡Venga, anímese, camine conmigo y verá usted qué bien!

Tras unos segundos de duda, el DOCTOR cede a la petición de su eufórico paciente. Ambos caminan rodeando el mobiliario de la sala.

VITTORIO: ¡A que sí, Doctor, a que lo puede usted notar! ... ¿eh?... ¿eh?... ¡Respire Doctor, respire profundamente, así, con alegría, hinchando los pulmones con alegría, a lo grande...! Y grite conmigo: ¡Viva la madre que nos parió! ¡Viva Italia!... ¡Pero no sea usted tan tímido, hombre! ¡Vamos, estire los brazos, estire, así, así, venga...! ¡Estire conmigo!

VITTORIO comienza a realizar ejercicios de respiración y estiramientos, el DOCTOR le sigue tímidamente.

VITTORIO: *(Continuando sus ejercicios)* ¡Ah, doctor!, ¿recuerda usted aquellos tiempos en los que en Roma se paseaba, donde el tiempo se vivía de otra forma, donde nos encontrábamos, nos saludábamos, e incluso nos parábamos a charlar, y a tomar un expreso en cualquier terraza *(interpretando ahora teatralmente, incluso con mímica, eso mismo que propone)*, leyendo tranquilamente *Il Corriere*. O haciendo como que se leían las noticias internacionales pero en realidad lo que se analizaba era ese culo magnífico con un fabuloso y redondo contoneo, como para volver loco hasta el mismísimo Papa. Y con perdón, que ya sé que usted *(hace un gesto de reverencia católica)* En fin, que ahí mismo la tenía uno...

DOCTOR: ¿El qué?

VITTORIO: ¿Cómo que el qué?... ¡Madre mía, Doctor, a esa mujer del vestido rojo que pasa caminando! ¿No la está viendo usted ahora mismo?... ¡Pero mírela! ¡Mire cómo camina! ¡Como una diosa! ¡Una diosa que te sonrío y tú a ella en un amplio instante en el que uno percibe que habita la posibilidad de volver a verla pasar no mañana, pero ciertamente un próximo día, sin prisas, con distinto vestido, pero de

la misma forma... ¡Bella! ¡Bellísima!... ¿eh?, ¿eh?... Le aburro, ¿verdad?... Sí, le aburro.

DOCTOR: Usted es un poeta.

Pausa

VITTORIO: No Doctor. Yo sólo soy un nostálgico. Y por tanto un imbécil.

DOCTOR: No hombre, no.

VITTORIO: Eso es lo que soy. Y usted me comprende perfectamente. Usted que tiene más o menos mi misma edad, porque usted debe de andar también más o menos... Sabe perfectamente de lo que hablo. ¿Ahora cómo se va a ver a esa mujer con tacones pisando como una Venus los adoquines de las calzadas del Trastévere, si van todas esas chicas disfrazadas de... nada... con pantalones vaqueros, y con zapatillas de esas de jugar a tenis, encima de esas Vespas a tanta prisa, que parecen mosquitos con...? El otro día, precisamente casi me atropella una. Salía de un restaurante de Vía Margutta y de repente... ¡Eh tú qué haces! (*el Doctor le pide que baje la voz*)... ¿eh? ¡Ah, sí, perdón doctor, ya me conoce, es que yo cuando hablo soy muy prosódico... (*hace un gesto como indicando que se vuelve loco. El Doctor sonrío*) ¡Se ha cambiado la corbata! ¡Bien! ¡Bien doctor, está mucho mejor con una elegancia mucho más viva! ¡Bravo, bravísimo!

Se dispone a golpear con cariño la cara del DOCTOR pero a medio hacer se da cuenta que no es una buena idea, ambos sonrían. El DOCTOR le sugiere con un gesto serio que se disponga ya en el diván. En silencio VITTORIO se recompone, coge aire tal vez para serenar su euforia y le obedece. El DOCTOR espera que su paciente se

reconforte en el diván. Una vez lo ha hecho se sienta con actitud melindrosa. Del mismo modo coge su pequeño bloc de notas de cuero negro del bolsillo lateral de su chaqueta y saca un lápiz de su bolsillo interior. De vez en cuando tomará nota de lo que vaya escuchando.

VITTORIO: *(Ya recostado y mientras el DOCTOR prepara su rutina o ritual)* Ahí está, al fondo de la ventana, como encuadrada para el inicio de una película de Ettore.

DOCTOR: ¿Qué cosa?

VITTORIO: La cima de los chopos.

DOCTOR: Ah, sí.

VITTORIO: Mírelos, Doctor. No paran de agitarse por el fuerte Céfiro. Es todo tan triste...

Silencio. A VITTORIO parece inundarle una oscura y melancólica sombra.

VITTORIO: Dígame una cosa Doctor, ¿usted por qué cree que no sé hacer nada que no sea mi oficio?

DOCTOR: ¿Por qué dice usted eso?

VITTORIO: Contésteme, ¿por qué soy tan inútil?

DOCTOR: Estoy seguro que usted sabe hacer muchas cosas. Es un hombre muy inteligente.

VITTORIO: Mi inteligencia, si acaso la tengo –que ya lo dudo- no me sirve de aliada. En realidad es como una nuez seca en cuya pulpa hormigean mil semillas de imbecilidad. *(El DOCTOR ríe discretamente)* Me toma por un inmaduro, ¿no es cierto?.

DOCTOR: No, para nada.

VITTORIO: No, ¿cómo lo suele decir usted?... ¿Cómo dice?...

DOCTOR: Por un juguetón.

VITTORIO: Eso es. Por un juguetón.

DOCTOR: Pienso sinceramente que es un hombre capacitado para realizar muchas actividades.

VITTORIO: Dígame una. Vamos, Doctor, sálgase un poco de sus notas, de lo que tiene controlado y planificado. Míreme de verdad, de hombre a hombre.

Pausa

DOCTOR: A usted le apasiona por ejemplo, no sé, la política.

VITTORIO: Antes.

DOCTOR: Le fascina.

VITTORIO: ¿La política?

DOCTOR: Sí, la política.

VITTORIO: Antes. Me fascinaba antes.

DOCTOR: Yo creo que ahora también.

VITTORIO: Eso cree. Eso creen muchos aquí en Roma. Pero a quién le puede fascinar hoy la política si no a un idiota.

DOCTOR: Las pasiones cuando son verdaderas no desaparecen, tan sólo quedan dormidas.

VITTORIO: Pero algunas uno las duerme con cianuro. ¿A usted le interesa?

DOCTOR: ¿La política?

VITTORIO: Sí, la política.

DOCTOR: Lo que a todos, supongo.

VITTORIO: ¿Lo que a todos? ¿Se refiere a justo a la hora de las elecciones?

DOCTOR: Supongo que sí.

VITTORIO: Bueno...

DOCTOR: Cuando uno escucha y ve todos los mensajes, los eslóganes, las discusiones entre los candidatos.

VITTORIO: El génesis de la gran estafa.

DOCTOR: No todos los políticos son iguales.

VITTORIO: No todos los iguales son políticos. Pero usted es un hombre de derechas. Quiero decir que por muchas discusiones, eslóganes, mensajes que vea o escuche, seguirá...

DOCTOR: ¿Qué?

VITTORIO:... votando a los mismos.

DOCTOR: ¿Yo?

VITTORIO: ¿O me equivoco?

VITTORIO espera respuesta, imitando con brazos cruzados a Musolini, de un modo bromista y desafiante, frente al DOCTOR. Pronto observa que al DOCTOR no le hace mucha gracia.

DOCTOR: ¿Por qué se aproximó tanto a la política?

VITTORIO comprende que el DOCTOR no va a seguirle el juego en según qué temas. Asume su rol de paciente.

VITTORIO: (*con diferente ironía*) “Dijo el Doctor para detener el interrogatorio de su paciente”... Quizás por vanidad me aproximé a ella. Como a casi todas las cosas que me he aproximado en esta vida. No sé. O quizás por entenderla como Teatro.

DOCTOR: ¿Quizás porque vivía en ella nuevos y renovados aplausos?

VITTORIO: Quizás.

DOCTOR: ¿Y por qué no se comprometió más en ese ámbito?

VITTORIO: ¿Más? ¿Aun más?

DOCTOR: Sí, ¿por qué no?

VITTORIO: (*Para sí*) ¿Aun más? Me apasioné quizás por la política cuando la veía seria, diferente a la actividad del teatro. Uno se mete de lleno en ella y entonces se da cuenta que es una farsa... Sí, ya sé lo que está usted pensando ahora: una farsa muy parecida al teatro.

DOCTOR: Yo sólo le estoy escuchando.

VITTORIO: Pero analiza cada sílaba, cada segundo de uno de mis silencios. Como un científico enrevesado ante un galimatías de fórmulas que ocupan toda la pizarra gigantesca. Y sí, deduce entonces que la política y el teatro son farsa. No le voy a negar que yo también haya discurrido por ese planteamiento. No vaya a pensar que yo no... ¡Pero entonces...!

DOCTOR: ¿Entonces?

VITTORIO: ¡Entonces se vuelve al teatro para constatar que es el ejercicio más honesto! ¡Sépalos usted bien! ¡Que lo sepan todos! Porque en el teatro se le dice a la gente: Compren ustedes la entrada. Les vamos a hacer creer que vamos a matar a alguien, que vamos a morir de amor, que vamos a perdonar, a sufrir, a reír. Ya de antemano les decimos que es mentira. Pero también les decimos, les garantizamos, con el corazón en mano, con el alma viva, que ustedes lo creerán.

DOCTOR: Es un pacto noble. Con la mentira por delante.

VITTORIO: Así es, sí, y en esa convención, todas las partes se dan cuenta que no puede haber nada más sincero, porque se pacta con una enorme verdad. Algo parecido como le que pactamos usted y yo aquí.

DOCTOR: ¿Siente algo así como teatral con respecto a nuestros encuentros?

VITTORIO: (*con ironía*) Le pago un abono por sesiones.

DOCTOR: (*con igual ironía*) Me debe las de la semana pasada, por cierto.

VITTORIO: Ah, ¿sí?

DOCTOR: Sí, pero no se preocupe por eso ahora.

VITTORIO: Luego nos ponemos al día. No quiero que piense...

DOCTOR: Tranquilo. Continúe con eso que me estaba diciendo.

VITTORIO: Bueno, pues eso, que yo creo que en el momento en el que alguien se expresa ante alguien que escucha, que observa, ya hay un hecho teatral. Sí, este encuentro nuestro pactado lo es.

DOCTOR: También lo es, sí.

VITTORIO: Nos hemos repartido los roles, y allá vamos, con un pacto.

DOCTOR: Con un pacto... Luego usted en estas sesiones también... ¿miente?

VITTORIO: No sea ingenuo Doctor. Yo soy un actor, alguien que, por profesión, elección, naturaleza, función o lo que sea, miente continuamente.

DOCTOR: Interesante.

VITTORIO: Pero una mentira muy especial, se entiende, muy compleja, que aspira a la revelación de la verdad. Una verdad que sin duda no es la ya conocida.

DOCTOR: No sé si le entiendo.

VITTORIO: Quiero decir que no existe una verdadera operación teatral que no intente cambiar la realidad, ofrecer de ella al menos otra imagen. O transferirla a una zona distinta.

DOCTOR: ¿Como la creación de una realidad en un segundo plano, de una verdad paralela?

VITTORIO: Exacto. Igual que en ciertas técnicas orientales que intentan crear un segundo cuerpo, análogo pero diferente, con respecto al que posee el individuo.

DOCTOR: ¿Y es eso a lo que juega aquí?

VITTORIO: ¿Jugar?

DOCTOR: Sí, a esa mentira, a ese segundo cuerpo análogo pero diferente. ¿Es usted realmente el que está ahí tumbado, el que entra cada sesión por esa puerta, el que charla conmigo una hora, o es...?

VITTORIO: ¿Qué?

DOCTOR: ¿... o es uno de sus personajes?

VITTORIO: (*Incorporándose en el diván para enfrentarse, sentado, al DOCTOR*) ¿Cree que si yo realmente lo supiera estaría viniendo a hablar con usted?

Pausa

DOCTOR: ¿Ve como es usted muy apasionado?

VITTORIO: Ah, no crea.

DOCTOR: Sí, lo es y lo ha sido. En todo lo que emprende.

VITTORIO: No tanto ya. No tanto.

DOCTOR: Yo creo que ahí hubiera encontrado usted un extenso campo lleno de posibilidades.

VITTORIO: ¿En la Política?

DOCTOR: Usted es un humanista.

VITTORIO: ¿Yo?

DOCTOR: Así se definió el otro día.

VITTORIO: No lo recuerdo.

DOCTOR: ¿Qué recuerda?

VITTORIO: Todo. Y nada. Mi problema, doctor, es que ya no me divierto, no me sorprende. Entonces me pasa que sueño sueños que no son míos, siento surgir en mí intuiciones que han sido ya captadas por otros.

DOCTOR: Ese fenómeno recibe el nombre de Criptomnesia.

VITTORIO: ¿Criptomn...? Vaya palabra.

DOCTOR: Sí.

VITTORIO: Parece el título de una obra de Eurípides. O lo que debilitaba a Superman... Criptomnesia... El caso es que recuerdo memorias ajenas. Ayer mismo imité la historia de un joven príncipe que tiene que vengar al padre asesinado por el tío, ha salido un hermoso dramita.

DOCTOR: ¿Escribe entonces?

VITTORIO: Sí, me cuesta pero cuando me pongo...

DOCTOR: Me hace caso. Me alegro. ¿Y qué está escribiendo?

VITTORIO: Bueno, hace unos días escribí *la Metamorfosis* de Kafka (*el DOCTOR ríe*) no desespero de llevar a término los *Budenbrook*. Pero sobre todo poesía.

Pausa

DOCTOR: ¿En qué piensa ahora?

VITTORIO: En que querría convertirme en religioso, pero no puedo...

DOCTOR: ¿Por qué no?

VITTORIO: Vamos Doctor, porque exijo – ya sabe- el milagro.

DOCTOR: Defínase hoy.

VITTORIO se levanta del diván. Comienza a caminar pausadamente, pensativo.

VITTORIO: Soy un humano. Y por tanto un perfecto imbécil.

DOCTOR: No deja usted nunca de denominarse imbécil.

VITTORIO: Y usted no deja nunca de pensar que lo soy. *(El DOCTOR sonríe)* ¿Ve como lo piensa?

DOCTOR: En el fondo le entiendo.

VITTORIO: Si no me comprende usted tendré que dejar de visitarle. ¡Y entonces igual sí que me meto de lleno en esa charca llena de inmundicias en la que algunos nadan y disfrutan con la actitud de sentirse como en una piscina de agua cristalina y servicios de balneario!

DOCTOR: ¿A qué se refiere?

VITTORIO: ¡A la política, Doctor, a la política!

Silencio. Un ánimo súbitamente optimista se apodera de VITTORIO alejando las plúmbeas sombras de la melancolía VITTORIO imita unos segundos al DOCTOR, no con precisión naturalista, sino con exagerado arte burlesco. Se sienta como él. Toma notas como él. Se queda mirándole como él le está mirando. El DOCTOR le

devuelve una mirada gris, un semblante neutro. Poco a poco VITTORIO va descomponiendo su transformación.

DOCTOR: Es usted un chiquillo.

VITTORIO: No sé. Es posible que en la vida no haya pasado de ser un niño. Pero en la profesión crecí, ¿no es cierto?

DOCTOR: Vaya si creció. Pero, ¿se da cuenta usted que habla cada día como si hubiese acabado su carrera?

VITTORIO: ¿Y? ¿Acaso no es cierto? Y no me refiero a mí tan solo. Sino a todos los demás. A todo lo demás... *(silba melancólicamente)*

DOCTOR: Eso que está silbando... Alberto Rabagliati, ¿no es cierto? Le escuchaba de niño.

VITTORIO: Todos le hemos escuchado de niños.

DOCTOR: Me gustaba.

VITTORIO: A mí también.

Ambos silban la canción "Tu música divina".

VITTORIO: Recuerdo a mi padre silbando esa canción al entrar a casa, y recuerdo la sonrisa de mi madre, y como se ponía nerviosa, con tanto amor, limpiándose apresurada las manos en el delantal para recibirle.

DOCTOR: En mi casa escuchábamos todos juntos la radio, aquellas canciones llenas de inocencia y simpatía nos unían y nos separaban de los oscuros tiempos todavía próximos a la Guerra.

VITTORIO: Sí, yo creo que todos pasamos por eso. Se da cuenta cómo ha cambiado la vida en una sola vida. Luego vino la televisión, en un principio para unirnos a todos en casa. Pero, como solía decir mi padre: ya ve lo que nos ha separado ese artefacto.

DOCTOR: Quería usted mucho a su padre, ¿verdad?

VITTORIO: Mucho.

DOCTOR: ¿Cómo lo recuerda?

VITTORIO: ¿Cómo lo recuerdo?... Gigante.

DOCTOR: ¿Gigante?

VITTORIO: Sí. Mi padre, Enrico, transmitía la idea de lo gigantesco en todo, en la estatura, en la voz, en sus enfados, en sus románticos abandonos, en sus ternuras. Usted quiso mucho también a su padre, imagino.

DOCTOR: No puedo decir que le quise.

VITTORIO: ¿Usted y él no...?

DOCTOR: No. Es que mi padre todavía vive.

VITTORIO: Todavía vive, claro... ¡Madre mía! ¡Bravo, entonces! ¡Será un león!

DOCTOR: Está muy mayor pero sí, tiene mucha energía.

VITTORIO: ¿También se dedicó a lo suyo?

DOCTOR: No, él ha sido siempre un sencillo hombre del campo.

VITTORIO: Pues por eso vive tantos años. No le quepa la menor duda.

DOCTOR: Aunque maneja desde su sencillez mucho mejor la psicología que yo.

VITTORIO: ¿Debería cambiarle por usted?

DOCTOR: La verdad es que estaría al aire libre, con un buen *parmigiano* y un vino excelente.

VITTORIO: Igual nuestros males se deben a tanto cúmulo de asfaltos y sueños burgueses.

DOCTOR: Igual.

VITTORIO: Mi padre murió cuando yo era muy joven. Y sí, lo amaba físicamente. ¿Sabe?, para mí no había mayor premio que ducharme con él, abrazado a su gran cuerpo musculoso, debajo de la nube de vapor, o viajar en un coche de carreras antediluviano, de color rojo, que había comprado de ocasión y con el que de vez en cuando nos llevaba a Ostia o a Ariccia. Cuando interpreté a Hamlet la primera vez fue maravilloso pero muy amargo a un tiempo.

DOCTOR: ¿El recuerdo de su padre se le hacía presente en escena?

VITTORIO: *(Incorporándose del diván, quedando otra vez sentado y adoptando una posición vertical)* Cómo le podría explicar... Volvía a tener a mi padre en el corazón, en la boca, en los lagrimales, lo desenterraba, lo usaba, lo paladeaba... “¡Oh! ¡Vosotros ejércitos celestiales! ¡Oh! ¡Tierra!... ¿Y quién más? ¿Invocaré al infierno también? ¡Eh! No... Detente corazón mío, detente, y vos mis nervios no así os debilitéis un momento: sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré” Yo me acordaré, sí... Usted es afortunado, todavía no ha podido sufrir eso: desenterrar al padre. En ese momento comprendí que el teatro me iba a dar mucha vida, pero también mucha muerte. Supe que verdaderamente el teatro iba a ser un oficio peligroso.

DOCTOR: ¿Peligroso por qué?

VITTORIO: Porque tiene que ver con la enfermedad. Alguien dijo una vez que al oficio del teatro no le corresponde curar, sino mostrar las enfermedades. Por eso

acabamos todos locos de remate como yo. Por eso cuanto más tiempo pasamos haciendo teatro más necesitamos de gente como usted.

DOCTOR: Usted no está loco.

Silencio. VITTORIO asiente sonriendo. Busca entre los bolsillos de su chaqueta, encuentra un paquete de tabaco, lo saca pero al momento se da cuenta de que no puede fumar durante las sesiones.

VITTORIO: Perdón, la costumbre, en ocasiones me olvido que...

DOCTOR: *(Cortándole)* Hábleme de cuando era niño.

VITTORIO: *(Dándose cuenta de la estrategia terapéutica)* ¿Cuándo era niño?

DOCTOR: Sí, los juegos por ejemplo, ahora que lo ha nombrado. ¿A qué jugaba usted?

VITTORIO: ¿A qué jugaba yo? ... *(VITTORIO se levanta, algo inquieto)* No sé. Bueno, sí. De pequeño –bueno, y no tan pequeño, he de decir- mi juego favorito era el circuito. Usted habrá jugado, imagino.

DOCTOR: No sé si...

VITTORIO: *(Nuevamente excitado)* ¡Pistas en la arena o encima de una mesa, canicas, fichas, botones!

DOCTOR: No sé...

VITTORIO: ¡Claro que sí, hombre! *(VITTORIO se inclina en el suelo para escenificar propiamente su explicación)* ¡Recuerdo que yo ponía en aquel juego una especial voluntad de despersonalización, me mimetizaba totalmente en los pasillos que aquellas fichas representaban e intentaba ejecutar cada tiro con el mismo cuidado, sin favorecer, qué sé yo, a los participantes italianos por encima de los extranjeros,

o a mi atleta preferido! ¡En la postura de la mano, en el estilo del tiro, me esforzaba en interpretar las distintas personalidades; sí, caracterizaba las almas escondidas en aquellos objetos inanimados: mi diversión estaba hecha de antropomorfismo y fatalidad!... Se ríe... Vuelve a reírse. Usted se ríe mucho conmigo... A ver si va a tener que pagarme usted a mí por estas sesiones... ¿eh?, ¿eh?...

DOCTOR: No, no me río.

VITTORIO: Pero cómo que no. Mírese. Se está riendo. Está bien claro que está usted disfrutando con las imbecilidades de este viejo...

DOCTOR: Usted no es viejo...

VITTORIO: ... propias de un enfermo...

DOCTOR: ... ni un enfermo...

Pausa

VITTORIO: ¿Cómo me definiría usted, Doctor?

DOCTOR: ¿Cómo se definiría usted a sí mismo?

VITTORIO: ¿Yo a mí mismo? (*Se pone de pie encima en el diván*) Yo soy ... ¡Yo soy el Matador!... ¡Yo soy el Matador!... ¡Il Matatore!...

DOCTOR: No grite. Los vecinos, ya sabe... ¿Le gusta esa definición?

VITTORIO: (*Todavía en pie en el diván*) Si me gustara no tendría que venir aquí... "¡Amigos, romanos, compatriotas, escuchadme: He venido a enterrar a César, no a ensalzarlo. El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele quedar sepultado con sus huesos. Que así ocurra con César"...

DOCTOR: ¿Cuál es el primer recuerdo que viene a su memoria si yo le digo... Teatro? Y baje usted de ahí, haga el favor.

VITTORIO: (*Bajando y volviéndose a sentar en el diván*) Previsible, de lo más previsible.

DOCTOR: ¿Su recuerdo?

VITTORIO: No, usted... (*Se queda unos segundos pensando*)... Palmi, Calabria. Unos títeres de madera que construía un muchacho, vecino mío. Sí, aquellos paladines aproximados, con sus espadas plateadas, me produjeron el primer estremecimiento de ficción teatral; Supongo que desde entonces, para mí el rojo más puramente rojo ha sido siempre el de aquellas falditas carolingias y sarracenas. Como las que solía llevar casualmente Andreina.

DOCTOR: ¿Andreina?

VITTORIO: La hija del portero...

DOCTOR: ¿El portero?

VITTORIO: Sí, el portero. Él... (*regresa como un exaltado Marco Antonio hablando a los romanos*) “Fue mi amigo, fiel y justo conmigo; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre honorable”

DOCTOR: Deje eso ahora. Siéntese, por favor.

VITTORIO: (*Sin hacerle caso y poniéndose de pie*) “Trajo a Roma muchos prisioneros de guerra, cuyos rescates llenaron el tesoro público”

DOCTOR: Trate de calmarse.

VITTORIO: “¿Puede verse en esto la ambición de César? Cuando el pobre lloró, César...” ¿qué sigue?... ¿qué seguía?...

DOCTOR: Andreina.

VITTORIO: ¿Andreina?

DOCTOR: Siéntese. Y hábleme de ella.

VITTORIO: Andreina... (*Sentándose*) Sí, tendríamos seis o siete años.

DOCTOR: ¿Y aun lo recuerda?

VITTORIO: Sí, porque debo reconocer que tuve mis aplicados orgasmos infantiles cuando jugaba con ella a los juegos infantiles de “exploración del cuerpo”, en aquella habitación bajo la escalera detrás de una cortina también roja.

DOCTOR: ¿Roja?

VITTORIO: Sí. Roja, como la faldita de Andreina... Andreina...

DOCTOR: Y si yo le digo Primer Amor, ¿a qué primer instante va su memoria?

VITTORIO: Madre mía, a la época de los dinosaurios, supongo...

DOCTOR: Cuénteme, cuénteme...

VITTORIO: *(Abandonando la tristeza al ver sonreír al DOCTOR)* Verá usted, me enamoré por vez primera, desesperadamente, de una chica llamada Marta; estaba colado por ella. Figúrese que la seguía al volver del colegio porque iba por las mismas calles que yo, también bajaba por la pendiente de vía Nizza. Escribía su nombre en los pupitres, en las paredes, en los libros... Tardé un año en decírselo, lo hice una mañana en que todo el colegio fue a ver una película y me encontré sentado a su lado. Sonrió con maternal dulzura y me dijo: “Lo sabía desde hace un año, en la clase lo saben todos. Además, yo también te quiero”

Silencio. Se miran cómplices y conocedores de esa experiencia del primer amor de la infancia.

VITTORIO: *(De súbito vuelve a la euforia, claramente ocultando la emoción que le acababa de embargar)* ¡Pero a usted Doctor, lo que le interesará escuchar son las primeras experiencias de verdad, qué ya nos vamos conociendo!... ¿eh?...¿eh?... ¡Al principio, las ocasiones eróticas me las proporcionaban la contemplación de las

revistas de fotos con agradables desnudos femeninos! ¡Después me enamoré de una serie de estrellas de cine, ya sabe: Joan Marsh, Elissa Landi!...

DOCTOR: ... Ah, sí... Lupe Vélez, Joan Blondell....

VITTORIO: ¡Ve como usted también...! ¡Cómo estaba la Landi!, ... ¿eh?, ¿eh?... (*se lleva los dedos a la boca*) ¡En el segundo año de instituto, la provocación se encarnó en la dependienta de una papelería situada delante de la escuela y a la que se podía ver de reojo desde los ventanales del aula! ¡Era una rubia vigorosa a la que todo el colegio apodaba, no sé por qué, la Francesa! ¡Creo que éramos muchos los que nos hacíamos pajas durante las clases!

DOCTOR: ¿Durante las clases?

VITTORIO: ¡Claro! ¡Durante las clases, durante los recreos, durante los almuerzos, a todas horas! ¡Sin parar! ¡Una, dos, tres, cuatro, cinco...! ¡No sé a usted pero es que a mí la etapa onanista me mitigó sensiblemente el sonambulismo que hasta entonces había padecido!

DOCTOR: ¿Sonambulismo?

VITTORIO: Incluso ahora...

DOCTOR: ¿Qué?

VITTORIO: Pues eso. Ya sabe...

VITTORIO hace el gesto masturbatorio y seguidamente simula quedarse dormido. Súbitamente despierta y encoje los hombros, con un gesto propiamente italiano.